

BOLETÍN

de la Conferencia San Julián, de San Vicente de Paúl.

Este BOLETÍN se envía gratis á los socios de esta Conferencia, á los pobres adoptados, y, hasta donde lo permita la tirada, á las demás personas piadosas que lo soliciten.

Toda la correspondencia, al Director del BOLETÍN, Pso, 2.

Para no gravar los fondos de la Conferencia, los gastos de este BOLETÍN se cubren con los modestos donativos que gusten hacer las personas piadosas, sean socios ó no. Los donativos deben remitirse al Tesorero de la Conferencia, Santa Lucía, 2.

ESTÍMULOS PARA INGRESAR EN LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAÚL

Practicando la caridad, cualquiera que sea la forma de esta, se gozan siempre satisfacciones incomparables; y estas satisfacciones serán tanto más intensas, cuanto mayor sea el sacrificio que acompañe á las obras caritativas. Dedúcese de aquí, que aunque sólo fuera por esta razón, no debiéramos titubear en ingresar en la Sociedad de San Vicente de Paúl, creada exclusivamente para practicar la caridad acompañada siempre de algún sacrificio, siquiera este se refiera á tiempo y lugar.

En todas partes y en cualquier ocasión podemos, ciertamente, servir á Dios, practicar obras de caridad; pero como el más y el menos caben en esto como en los demás actos humanos, es evidente que unas obras de caridad serán más meritorias que otras, aunque todas ellas sean buenas y agradables á los ojos del Señor.

Por ejemplo, la limosna que damos en la puerta de nuestra casa al primer pobre que la solicita, es obra buena, indudablemente, pero nunca tan meritoria como llevando aquella al menesteroso á su propia casa.

La limosna que hacemos de pan, representa un beneficio para el que la recibe, y Dios nos la recompensará de algún

modo; pero el beneficio del pobre será incalculablemente mayor, si al recibir nuestro pan recibe también nuestros consejos, nuestros consuelos, nuestras advertencias cariñosas, nuestras pruebas de la fraternidad que á él nos une.

Además, cuando esperamos al pobre en nuestra casa, practicamos la caridad con cierta libertad de criterio que excluye la idea del sacrificio: por evitarnos la molestia de asomarnos á la puerta, ó de levantarnos para tomar una moneda ó un pedazo de pan, dejamos muchas veces de dar la limosna. Otras veces nos hace abstenernos la duda ó la ignorancia sobre las condiciones personales del peticionario. Ello es que, por regla general, la limosna que hacemos en particular en la puerta de nuestra casa, aún siendo obra buena, no suele dejarnos satisfechos: sentimos algo así como una falta, un vacío que no nos explicamos, ni podrá explicárselo nunca aquel que practique actos de caridad que no le cuesten sacrificio alguno.

Pues bien, en la Sociedad de San Vicente de Paúl es en donde encontramos más facilidades y más ocasiones de practicar la caridad imponiéndonos sacrificios. En ella se nos señalan días y horas para ejercitar nuestros actos, y esto ya representa una obligación para la voluntad; en ella se nos marca el deber de depositar una limosna para los pobres adoptados, y se fijan las veces que debe cumplirse ese deber; en ella se nos recomienda que sujetemos nuestros propios impulsos caritativos para practicar solamente los actos que la Sociedad nos designa; en ella se nos presenta la ocasión de visitar á los pobres en sus casas, y de conocer sus necesidades, sus vicios y sus debilidades; en ella tenemos obligación de ponernos en contacto inmediato con la desgracia y el dolor, de sentir con el pobre, de gozar con él, de enseñarle, de consolarle; en ella... pero ¿qué clase de emociones, qué género de satisfacciones, efecto de la caridad, no pueden experimentar los miembros de esta benéfica Sociedad?

Y por si los goces estos no fueran de por si recompensa

grande para los hijos de San Vicente, la Iglesia ha señalado expresamente las gracias que merecerán los miembros de la Sociedad si cumplen las condiciones establecidas al efecto. Son muchas las Indulgencias con que los Papas Gregorio XVI y Pío IX han enriquecido á la Sociedad, y que constituyen un tesoro inapreciable de bienes espirituales que pueden gozar todos y cada uno de los miembros y bienhechores de las Conferencias de San Vicente.

Si, pues, esta utilísima Sociedad ofrece tantas ventajas y satisfacciones á los amantes de la caridad, ¿por qué no ingresar en ella? ¿por qué dudar un solo instante en alcanzar el derecho á tantos beneficios espirituales como en la expresada Sociedad se nos ofrecen?

¿No tendremos que acusarnos algún día, de haber despreciado un medio tan seguro como este, de aspirar á nuestra perfección?

MIREMOS Á LOS POBRES SIN PREVENCIÓN

Una de las objeciones que el vulgo suele hacer á los miembros de las Conferencias de San Vicente, es que muchas veces se facilitan socorros á pobres que no los merecen: unos porque son vagos ó haraganes, otros porque poseen algunos bienes, otros porque tienen familia que pueden ayudarles, otros porque van á pedir limosna por las calles, etc., etc. Conviene mucho que los miembros de las Conferencias no se dejen alucinar por estas opiniones del vulgo. Cierto es que se nos engañará en alguna ocasión, que se nos ocultará la verdad en otras, que se burlará nuestra buena fe en muchas; pero tengan en cuenta, y no se olvide jamás, que nuestra misión no es la del inquisidor ó la del juez que necesita aquilatar los grados de riqueza ó de necesidad de un individuo, sino sencillamente la de practicar la caridad; y como esta podemos practicarla ante toda

clase de personas, y más especialmente ante aquellas que son esclavas del vicio y de la perversión, resulta que allí á donde se nos llame, allí encontraremos terreno abonado para ejercer nuestra misión: lo que se necesita es que sepamos cumplirla.

Claro es que la prudencia no está reñida con la caridad ni con la sencillez que siempre han de revestir los actos de la Sociedad; al contrario, recordando el pasaje de la Escritura, debemos y podemos ser sencillos como palomas y astutos como serpientes: sencillos, para llegar hasta el pobre con nuestro corazón en la mano, sin doblez ni prevención, confiados en la santidad de nuestra misión y en el favor de Dios; astutos, para descubrir la necesidad real del pobre que visitemos, para escudriñar su corazón, para distinguir y separar aquello que sea falso, y que por lo tanto no necesite socorro, de lo otro que sí reclame nuestra atención. Y dígasenos; ¿habrá alguien en el mundo tan perfecto y satisfecho que no necesite los auxilios de la caridad? Pues ¿por qué hemos de regatear estos á un simple mortal cualquiera porque el vulgo le señale determinadas cualidades?

Nada, no visitemos con prevención á pobre alguno, pero sepamos visitarlo; y si vemos que no necesita el socorro material, disminúyase este prudentemente ó suprímase del todo, pero ¿por Dios! no le neguemos el socorro espiritual, que de este necesitamos todos los mortales.

En resumen: todo pobre que nos llame, es siempre digno de que se ejerza en él nuestra misión.

LA VISITA Á LOS ENFERMOS POBRES

El *visitar á los enfermos* es, como sabemos, una obra de misericordia, un efecto de la caridad que tiene su natural y hermoso complemento en otra obra de misericordia que se practica *consolando al triste*. Que el visitar á los enfermos

es obra meritoria, es una verdad evidente por sí misma. El que carece de salud, sea esta material ó sea del espíritu, es un ser verdaderamente digno de nuestras atenciones y de nuestros consuelos; y al visitarlo nos proponemos así como demostrarle que, deseando proporcionarle la salud perdida, somos gustosos en hacerle partícipe, en cierto modo, de la que nosotros disfrutamos. Un acto de desprendimiento como este, es siempre simpático, y altamente virtuoso en el caso presente.

Además, el que carece de salud, sufre, y el que sufre, seguramente estará triste aunque se encuentre resignado. De modo que al visitar á los enfermos podemos hacer dos buenas obras: alentarlos ofreciéndoles los recursos que nuestra fraternal solicitud sabrá escogitar, y aliviar con nuestros consuelos la natural tristeza de su espíritu.

Pues si de hecho practicamos estas dos obras buenas al visitar á los enfermos en general, ¡qué mérito no tendrá el visitar á los enfermos pobres!

¡Enfermos pobres! ¡Con qué indiferencia solemos hablar de los enfermos pobres! Si meditáramos detenidamente sobre la situación del pobre, y, sobre todo, del pobre que está enfermo, es decir, del que es doblemente pobre, seguramente tendríamos más caridad y procuraríamos buscar nuestras grandes satisfacciones visitando á los enfermos, y especialmente á los enfermos pobres.

El enfermo más rico, más poderoso del mundo; aquel que es atendido por numerosa familia y por multitud de servidores; aquel que tiene á su inmediata disposición todo cuanto la ciencia y el arte han inventado para recuperar la salud: el enfermo aquel, repetimos, necesita siempre, siempre, los auxilios de la caridad, porque entre aquella concurrencia que se desvive por servirle, entre aquella abundancia de recursos y remedios, él, sólo él constituye la excepción, la nota triste y discordante; él es quien carece de salud, el único que ocupa el lecho de paciente, en donde es-

tá solo, tan solo, realmente, como el más mísero mortal.

Y si un ser en estas condiciones debe excitar siempre los afectos de la caridad ¿qué no producirá en nuestro ánimo el enfermo pobre!

El pobre tiene siempre pocos amigos, poquísimas relaciones; mas si está enfermo, entonces el aislamiento suele ser completo, absoluto. Al enfermo pobre no llegan los amigos, no llega la sociedad, no llega nadie; sólo llega la caridad. Y precisamente porque la caridad se ejerce en un caso tan distante de toda humana mirada, es por lo que el visitar á los enfermos pobres es una de las más bellas obras de caridad, y más deseada por las almas verdaderamente cristianas.

En casa del enfermo pobre falta todo: familia, muchas veces; orden, limpieza, cama, muebles, recursos materiales, auxilios morales... todo, todo falta allí. Pues de todo, de todo ello lleva un poco el cristiano que visita al enfermo pobre; y de esta manera, el visitador, haciendo las veces de verdadera Providencia, se ennoblece y agranda extraordinariamente, gozando emociones y satisfacciones que sólo Dios puede otorgar.

Todos podemos, pues, gozar de iguales sensaciones, que pobres enfermos no faltan. La Sociedad de San Vicente tiene la especial misión de visitar á los pobres: ¿por qué no hemos de practicar la doctrina de San Vicente?

RECOMENDACIONES Y NOTICIAS

Ya saben nuestros hermanos, que los recursos de nuestra querida Conferencia se reducen por ahora á las limosnas individuales. Es preciso, por consiguiente, que estas limosnas alcancen á cubrir las necesidades de la Conferencia, que no son pocas; para ello conviene que todos y cada uno de nosotros nos impongamos el sacrificio, siempre llevadero, de reforzar en lo posible nuestro óbolo. No es necesario

que nos privemos de lo que nuestras necesidades reclaman; tampoco es preciso que suprimamos nuestras particulares obras de caridad para atender las de la Sociedad; hasta nos atrevemos á decir que no hace falta mermar lo que destinamos á nuestras necesidades ficticias y á nuestros recreos, para hacer mucho por nuestra Conferencia: con que recordemos, al pedírsenos la limosna, que nuestra Conferencia tiene muchas necesidades, muchos pobres que remediar, y que no cuenta con otros recursos que las limosnas de los miembros; con recordar entonces cuánto suele desperdiciarse en nuestras casas, cuánta abundancia relativa hay en ellas, y cuánta miseria, cuánta falta, cuánta carencia de todo hay en las casas de los pobrecitos adoptados, es seguro que encontraremos el medio de reforzar nuestra limosna sin desatender aquellas otras cosas.

Hace más el que quiere que el que puede, dice el refrán.

¡Por Dios, y en nombre de nuestros pobres recomendamos á nuestros hermanos este recuerdo!

Nuestra Conferencia tiene actualmente un déficit de 36 pesetas 16 céntimos. Para que este déficit no adquiriera más graves proporciones, ha habido necesidad ¡tristísima necesidad! de mermar el socorro de los pobres.

¿No habrá un alma caritativa que pueda y tenga voluntad de cubrir este déficit?

¡Dios se lo pagará!

El Domingo último se celebró, en el Oratorio de la Esperanza, la misa de Comunión correspondiente á la festividad de San Vicente de Paúl, habiendo asistido muchos miembros de la Conferencia y los pobres que no estaban impedidos por enfermedad.

Aunque la asistencia á las juntas ordinarias es sólo obligatoria para los miembros activos, nada se opone á que

asistían también, cuando gusten, los Sres. socios de honor y los honorarios. Al contrario, sería conveniente que unos y otros se dignasen alguna vez honrarnos con su asistencia; de este modo nos ilustrarían con sus consejos y advertencias, se extraería el estímulo de todos siendo mayor la concurrencia y más interesantes las sesiones, y aumentarían los ingresos para nuestros pobres.

También agradeceríamos que nuestros queridos consocios llevasen consigo á sus amigos á las sesiones de la Conferencia, con el fin de que, conociendo estos de cerca las obras de la Sociedad, se despertase en ellos el deseo de ingresar en la misma.

Todo esto, que es un medio fácil y práctico de propagar la hermosa obra de San Vicente de Paúl, pueden hacerlo nuestros consocios en bien de los pobres, y nosotros les suplicamos que así lo hagan.

Las sesiones se celebran todos los Domingos en la sala de reuniones de la Esperanza, á las diez de la mañana, por ahora.

Contando con los divinos auxilios, esta Conferencia tiene el propósito de crear el vestuario para los pobres y una escuela dominical; con lo que iría teniendo piadosa ocupación los curiosos jóvenes que cada día van ingresando en la Sociedad.

Si fuera posible, la escuela dominical se abriría en el próximo mes, y el vestuario principiaría á funcionar en el invierno, para atender y remediar las infinitas necesidades que sienten los pobres en esa fría estación.

Pidámos al Señor, por mediación de San Vicente de Paúl, que nos ilumine para plantear estas proyectos de la mejor manera posible, y que nos dé luego acierto y constancia para sostenerlos.